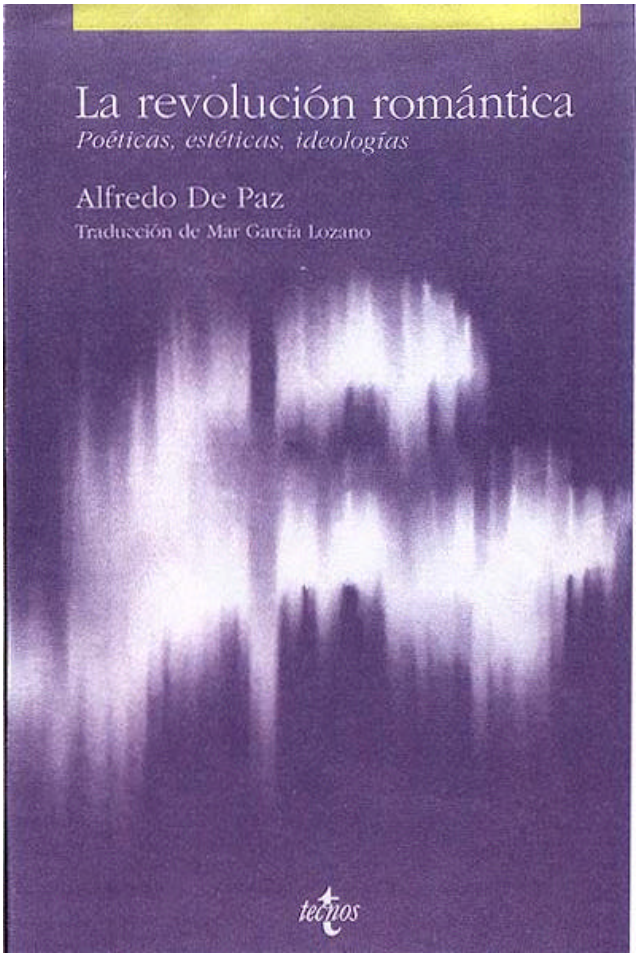
LA REVOLUCIÓN ROMÁNTICA

Poéticas, estéticas, ideologías

Alfredo De Paz



TECNOS EDITORIAL

Madrid, 1992

Este material se utiliza con fines exclusivamente didácticos

ÍNDICE

Introducción 11

Primera Parte: LOS ABISMOS DE LA PROFUNDIDAD Y EL ESPÍRITU DE REBELIÓN.
TEORÍAS Y PROBLEMÁTICAS DEL MOVIMIENTO ROMÁNTICO 15
1. Cuestiones terminológicas y semánticas 17
2. Senderos preománnticos 21
3. Una pluralidad de romanticismos 33
4. Romanticismo y revolución 37
5. Una crisis global 48
6. La lejanía en el tiempo y en el espacio 52
7. El mal del deseo. Insatisfacción desgarramiento espiritualidad 55
8. El ala de fuego senderos del amor absoluto 79
9. El hombre romántico y la muerte 96
10. Filosofías y estéticas del romanticismo en Alemania 100
A) Más allá de la crítica kantiana 100
B) La revelación del arte 119
C) Wackenroder y las vías del misticismo estético 127
D) Kleist ola búsqueda imposible de lo absoluto 142
11. Romanticismo, critica, teoría 149
12. Francia: revueltas, sobresaltos, utopías 167
13. El Romanticismo y los orígenes de lo “moderno” 186
14. EL sueño y los demonios 194
15. LA *blaue blume* y lo imaginario romántico-surreal 201

Segunda Parte: EL COLOR, LO ABSOLUTO, LO REAL. CARACTERÍSTICAS
Y PROBLEMAS DEL ARTE ROMÁNTICO EN EUROPA 215
16. Un nuevo modo de sentir 217
17. La Europa romántica y las artes visuales: aspectos y características generales 222
18. Caminos y poéticas de la pintura romántica 249
A) Alemania: naturaleza, mística y *Weligetfül* 249
B) Francia: historia, mito, realidad 287
C) Inglaterra: lo imaginario, el sueño y el sentimiento de la naturaleza 354
D) España: Goya, un precursor de lo “moderno” 383

Bibliografía 405
Índice de ilustraciones 421
Índice de nombres 425
Índice de conceptos 433

4. ROMANTICISMO Y REVOLUCIÓN

La belleza no se degrada porque sea útil a la libertad y al mejoramiento de las condiciones humanas. Un pueblo emancipado no es un mal final de estrofa. No, la utilidad patriótica o revolucionaria no quita nada a la poesía.

Victor Hugo

"Entre romanticismo y revolución existe una afinidad esencial. En el romanticismo el pensamiento se libera de la sobriedad deductiva del racionalismo cartesiano y newtoniano, la imaginación, del báculo de la lógica, y el individuo, tanto en la intuición como en la práctica, de los órdenes jerárquicos y de casta.

"Con el romanticismo, pensamiento y sociedad se dividen en átomos, dando lugar a un movimiento provocado por la decadencia del *ancien régime* y por el declive de la vitalidad creativa del racionalismo clásico [...]. El romanticismo se convierte en la Revolución francesa, en la reacción en cadena de las guerras napoleónicas y en los escalofríos que sacudieron la estructura europea en 1830 y 1848. Los primeros decenios del romanticismo fueron, según Wordsworth, un "alba" en la que era hermoso sentirse vivos. Porque en la base de la energía liberadora de aquellos años existía la convicción, heredada de Rousseau, de que la infelicidad y la injusticia del destino humano no dependían de la pérdida de la gracia originaria; de que no era una consecuencia de una trágica e imborrable mancha de la naturaleza humana. Sino que más bien derivaban de las incongruencias y de las antiguas desigualdades a partir de las cuales generaciones enteras de tiranos y explotadores habían estructurado la sociedad. El hombre, opinaba Rousseau, había fabricado sus propias cadenas; pero los hombres podían destruirlas. Era ésta una tesis que llevaba muy lejos, significaba que el hombre tenía en sus manos las riendas de su futuro. Si Rousseau tenía razón (hoy la mayor parte de los sistemas políticos se apoyan en su afirmación) la existencia podría ser radicalmente cambiada y mejorada, a través de cambios en el sistema educativo y en las condiciones sociales y materiales de vida. El hombre no vivía ya bajo la condena del pecado original; no llevaba en sí mismo los gérmenes de un fracaso inevitable; al contrario, se le podía dirigir hacia un progreso desmedido; era, en suma, y para usar una palabra del vocabulario romántico, perfeccionable." Estas observaciones del estudioso norteamericano George Steiner (1961, pp. 96-97) resumen con claridad y agudeza algunos de los elementos de aquella consciencia aclamada (de formas diversas) por todos los que estudian e interpretan el movimiento romántico: que no es posible comprender el romanticismo sin verlo a la luz de los acontecimientos que se apoyaron en la Revolución francesa. El problema no puede verse, sin embargo, como un fenómeno de causa-efecto: sería un error pensar que la Revolución es la causa del Romanticismo. Muchos años antes ya habían emergido algunas de las ideas que después se manifestarían durante y después de la Revolución. No nacieron de golpe y espontáneamente a partir de los sucesos de 1789. Fue necesaria una lenta maduración para que su difusión pudiese tener lugar. Starobinski interpretó bien la situación cuando manifestó que la Revolución procedió de un pensamiento y de un clima moral precedentes; fue, en cierto sentido, su "florecimiento al aire libre". Según el crítico francés:

> *La historia del año 1789, culminación vehemente de una transformación social preparada y parcialmente cumplida desde hacía tiempo, desarrolla una serie de sucesos espectaculares, encadenados como las escenas de una tragedia, iluminados por un rayo de extraña intensidad: más que en cualquier otro momento histórico, tenemos la impresión de hallarnos ante un texto que posee la impronta de un estilo similar al de una obra de arte encargada. A partir del período revolucionario no han faltado los comentarios según los cuales 1789 fue una página escrita por la mano de Dios y por la del pueblo. Es legítimo, incluso indispensable, comparar el estilo del evento revolucionario con el de las obras de arte aparecidas en la misma época. Ya que falta un nexo causal directo, nos preguntamos por el sentido que emerge de la conjunción. El arte y el evento revolucionario se iluminan recíprocamente; y se señalan uno a otro, incluso cuando, en lugar de confirmarse mutuamente, se contradicen.*
>
> *En esta aproximación de las obras de arte y el acontecimiento, la parte preponderante le corresponde al acontecimiento. Tan viva está la luz que surgió de la Revolución que no hay un fenómeno contemporáneo que no esté iluminado por ella. Le presten atención o no, los artistas de 1789 son contemporáneos de la Revolución. Nada puede impedir que se les sitúe en relación a ella: es la Revolución la que, en cierto sentido, les juzga. Impone un criterio universal que da la medida de lo moderno y de lo caduco. Promueve y pone a prueba una nueva norma de los vínculos sociales, frente a la cual las obras de arte no pueden evitar asumir un valor de aquiescencia o de rechazo* [Starobinski, 1979, pp. 6-7].

La nueva cultura europea cuyo símbolo más vistoso fue el romanticismo, surge, como es sabido, del progresivo replanteamiento de la herencia filosófica del período de las Luces, y por tanto, de la "crisis del

racionalismo" que se puso de manifiesto en Europa en los años 1780-1790. A este respecto, puede pensarse que se había esperado demasiado de la razón y que por tanto desilusionó la vastedad de los problemas que permanecían sin solución. Visto que se había confiado demasiado en la proximidad de la felicidad, se tomó conciencia, con mayor amargura, de la incapacidad de los racionalistas para construir un mundo ideal sin el riesgo de derramar sangre o de arruinar los grandes principios del derecho natural: el desarrollo de la Revolución francesa contribuyó ampliamente a plasmar tal sensación. Desde el momento en que las guerras y los distintos proteccionismos frenaron el progreso económico, extendiendo la miseria, se perdió el excesivo optimismo suscitado por el progreso tecnológico y por las primeras victorias de la vida contra la muerte. Desde el momento en que los intelectuales formados en la escuela del racionalismo metafísico, esperaron, a veces en vano –como en el caso de Prusia– objetivos profesionales adecuados a su formación universitaria, los jóvenes burgueses "traicionaron" a menudo la causa ilustrada y se abandonaron al sueño y a la fantasía. Desde el momento en que ciertos Estados, atentos a los riesgos de la libertad, trataron de frenar a los ideólogos, se perdió la fe en el progreso ordenado bajo la égida de los "reyes filósofos". Mientras la reflexión política reaccionaria tendía a poner el acento en las especificidades nacionales, se separaba del magnífico sueño universalista del siglo XVIII. Comportamientos que antes eran marginales, antiguas supersticiones, gustos reprimidos durante mucho tiempo se manifestaron a plena luz. Algunos sabios esperaban que una "iluminación" divina les revelase verdades inaccesibles. En las logias masónicas triunfaba frecuentemente un misticismo que en otro tiempo caracterizó a ciertas confesiones de limitado éxito. Los astrólogos volvieron por moda a la corte prusiana que había hecho famoso el modelo de los "soberanos ilustrados". Los herederos de la Ilustración alemana distinguían entre "razón" e "intelecto" y ponían el acento en las propiedades de la intuición, de la imaginación y de la percepción sensible. El azar conquistó sus derechos con la atracción del juego, de la lotería o directamente con la concepción de un matrimonio que se pretendía basado en el amor concebido como "flechazos". La naturaleza se convierte en un refugio consolador y se buscan armoniosas correspondencias entre sus fenómenos y los estados de ánimo del ser humano, e incluso la confirmación de las posiciones religiosas. Entre las nuevas generaciones los desilusionados de la vida recurren frecuentemente al suicidio, presunta solución de todos los males, aceptada con demasiada facilidad por hombres y mujeres debilitados física y moralmente por las privaciones o por las excesivas tensiones nerviosas. De este modo se pasó, poco a poco, de la *Encyclopédie* al prerromanticismo y después al romanticismo.

La Revolución fue, y no de una forma secundaria, un efecto de la ilustración de la *Encyclopédie*, pero fue la propia revolución la que puso en crisis los ideales racionalistas y la que determinó, por tanto, esa "crisis del racionalismo" de la que se hicieron portavoces los románticos en nombre, no de un "rechazo de la razón", sino de una decisiva ampliación de la razón en una dirección que la ilustración consideraba irracional y por ello rechazable.

La revolución fue en toda Europa (a pesar de sus distintos modos) un catalizador y un detonador. Fue la revolución la que dio unidad de tono a los diversos sentimientos de individualismo y de rebeldía que se venían manifestando en la segunda mitad del siglo XIII y que hallaron su expresión en las distintas literaturas románticas. Sin embargo, como ha escrito Maurice Blanchot, no fue a los oradores revolucionarios a los que los románticos pidieron lecciones de estilo, sino

> *a la revolución en persona, a ese lenguaje hecho de historia que adquiere significado a través de acontecimientos que poseen el valor de declaraciones: el Terror, como se sabe, no fue terrible sólo por las ejecuciones, sino porque reivindicó para sí esa forma mayúscula haciendo del terror la medida de la historia y el logos de los tiempos modernos. La guillotina, los enemigos del pueblo presentados al pueblo, las cabezas cortadas con el único objeto de mostrarlas, la evidencia –el énfasis– de la muerte insignificante, no constituyeron hechos históricos, sino un nuevo lenguaje: todo eso habla y es todavía hablante* [Blanchot, 1969, p. 472].

Entre 1789 y 1815 Europa fue desgarrada por la guerra. En esa lucha Francia buscó aliados para combatir a sus enemigos, mientras que convocada al pueblo para liberarse del yugo de los tíranos y para destruir a los poderes conservadores. Pero la propaganda revolucionaria y la llamada a la rebelión duraron poco. Las guerras del Imperio, admitiendo motivos menos nobles, se transformaron en guerras pura y simplemente de conquista. De ahí el declive rápido de la primera ola de entusiasmo que había suscitado en Europa el avance de los ejércitos revolucionarios. Sin embargo, en los años que siguieron a la revolución, en Europa todos los espíritus, incluso los menos ilustrados, dirigían su atención hacia Francia y hacia lo que podía aparecer todavía como un triunfo de la libertad. Así las "sociedades" o salas de lectura, que se habían creado en Alemania entre 1780 y 1790 y que, a partir de 1791, se instituyeron mediante edictos imperiales bajos la vigilancia de la policía, estaban informadas de la situación en Francia.

En este período el *Allgemeine Literatur-Zeitung* (el periódico literario de Jena) con una tirada de dos mil ejemplares, trataba de difundir y de dar a conocer las obras políticas de la Revolución mientras que otra revista mensual de Berlín pedía artículos a los adversarios y a los defensores del derecho natural, artículos que esclarecían las discusiones de la Constituyente respecto a la declaración de los derechos del hombre y a la organización de Francia.

En el ámbito de este público culto, poetas y escritores de la época manifestaron su entusiasmo. Klopstock, que fue proclamado ciudadano francés de honor por la Constituyente, volvió al severo juicio que un día había emitido sobre los franceses dedicando una oda a los Estados Generales. F. Schlegel escribió en la revista *Athenäum* que "la Revolución francesa, la *Doctrina de la Ciencia* de Fichte y el *Meister* de Goethe son las más grandes tendencias de la época" (Schlegel, 1797-1800, p. 76)[1].

El hecho es que la época fue revolucionaria. En la Universidad de Tubinga se festejó la toma de la Bastilla erigiendo un busto a la libertad circundado por los bustos de Bruto y Demóstenes. Tres jóvenes, tres amigos del seminario plantaron en los alrededores de la ciudad un "árbol a la libertad"; se llamaban Hegel, Schelling y Hölderlin. Kant, tan preciso que, como es sabido, la gente regulaba sus relojes a la hora de su paseo, aquel día salió un poco antes de casa para tener noticias de la revolución. El propio Goethe, en los versos de *Herman y Dorotea* celebró la revolución y las esperanzas que toda una generación había depositado en ella.

En Inglaterra, la Revolución tuvo una gran influencia en Coleridge, Southey y Wordsworth, entonces jóvenes. Coleridge, combatiendo el estado espiritual hostil a Francia, se adhirió a la causa de la revolución y Southey, en la misma época, hizo profesión de republicanismo en breves composiciones y en grandes poemas dramáticos.

Los intelectos más vivos emprendieron viaje a Francia. Gran número de alemanes que fueron a París volvieron entusiasmados, cuando no se establecieron. En aquella época había en Francia una colonia alemana formada sobre todo por corresponsales de periódicos.

Sin embargo, la Revolución no consiguió la unanimidad. Independientemente del hecho de que dejó indiferente a la masa del pueblo, algunas voces se alzaron contra ella; entre éstas, la de Edmund Burke fue la más vehemente. Las fuerzas contrarrevolucionarias y conservadoras de las que fue intérprete se reconocieron rápidamente en él. En su obra *Reflexiones sobre la Revolución francesa* sancionó, por así decir, una Revolución que en su opinión no fue más que la lucha entre los viejos intereses de la nobleza y los nuevos intereses del dinero. Burke escribió entre otras cosas:

> *[...] Considerada en conjunto la Revolución francesa fue la revolución más sorprendente que ha tenido lugar hasta ahora en el mundo. Se dan muchas circunstancias en que las cosas más maravillosas llegan a realizarse a través de los medios más absurdos y ridículos, y sirviéndose aparentemente de los instrumentos más despreciables. Todo parece antinatural, en cuanto que es un caos de ligereza y crueldad, de crímenes de todo tipo mezclados con las más extrañas locuras. Ante semejante escena tragicómica, se suceden las pasiones más opuestas, y a menudo se confunden en la mente. Así, el desprecio se altema con la indignación, la risa con el llanto, el desdeño con el horror [...]. Contad vuestras ganancias, considerad qué habéis logrado en realidad con esas extravagantes y monstruosas especulaciones que han enseñado a vuestros jefes a despreciar a sus predecesores, a sus contemporáneos, e incluso a sí mismos, hasta el punto de haberse hecho verdaderamente despreciables. Francia, siguiendo esa falsa luz, ha comprado verdaderas calamidades a un precio mucho más alto que el pagado por cualquier otra nación por la adquisición de intereses inequívocos. ¡Francia ha comprado pobreza con delito, no ha sacrificado su virtud por su propio interés, sino que ha prostituido su*

[1] G. Lukács escribió en *Die Seele und die Formen* (1911): "Friedrich Schlegel escribió que la Revolución francesa, la doctrina de la ciencia y el Wilhelm Meister de Goethe fueron las máximas corrientes de la época; esta aproximación contiene toda la grandeza y toda la tragicidad del movimiento cultural alemán. Alemania tenía un solo camino para llegar a la cultura: el camino interior, el de la revolución del espíritu; nadie podía pensar seriamente en una revolución de hecho. Los hombres destinados a la acción enmudecieron o decayeron, o bien se convirtieron en utopistas puros y desarrollaron sus pensamientos por caminos denodados; hombres que más allá del Rin hubiesen sido héroes de tragedia, pudieron vivir aquí su destino sólo en la poesía. Estas observaciones de Schlegel, si se valoran acertadamente la época y las circunstancias, son de una exactitud y de una objetividad sorprendentes; es admirable el hecho de que haya dado tanta importancia a la revolución, mientras que la Alemania cultural consideraba a Fichte y a Goethe como auténticas tendencias de la vida real, y a la revolución como algo poco concreto. Ya que un progreso externo era impensable, toda la energía se dirigió al interior y pronto el país de los poetas y de los pensadores superó a todos los demás en profundidad, agudeza e intensidad de las experiencias espirituales. Pero de este modo el abismo que se abría entre las cimas era cada vez mayor; los que habían escalado las cimas, presos del vértigo creado por la profundidad de la vorágine, respirando con dificultad debido a la finura del aire alpino, no podían volver a descender; y los que se quedaron abajo vivían en épocas olvidadas que no podían llevarles a lo alto, abajo eran más numerosos y estaban más seguros. El camino llevaba cada vez más alto, hacia una soledad mortal" (pp. 98-99).

virtud abandonando su propio interés! Todas las demás naciones han comenzado a constituir un gobierno nuevo o han reformado el gobierno antiguo, instituyendo por primera vez o dando nueva forma a algún rito religioso. Todos los otros pueblos han buscado los fundamentos de la libertad civil en una mayor severidad de las costumbres y en un sistema moral más austero y más viril. Francia, aflojando las riendas de la autoridad real, ha reforzado al mismo tiempo la licenciosidad de una brutal disolución de Es costumbres y de una irreligiosidad insolente en las opiniones y en los actos; y ha extendido a todas las clases sociales, como si se tratase de comunicar el privilegio de hacer partícipes a todos de un beneficio que estaba oculto, toda la infeliz corrupción que habitualmente es la enfermedad exclusiva de la riqueza y del poder. Este es uno de los nuevos principios de la igualdad en Francia [Burke, 1790, pp. 158-197].

En Francia, el primer romanticismo, el del joven Vigny, el del joven Lamartine y el del joven Hugo, se declaró monárquico. Pero, a partir de 1830, la mayor parte de estos escritores se dirigieron hacia un humanismo que pretendía ser comprensivo con las miserias del pueblo y con el sufrimiento de las naciones oprimidas. Piénsese en *Los miserables* de Victor Hugo, en *Los misterios de París* de E. Sue o en las novelas de Balzac.

Hegel, al mostrar la vastedad e importancia del movimiento de la Revolución, hizo surgir de la masa aparentemente incoherente de hechos, la esencia universal de este fenómeno (la revolución) que se produjo ante sus ojos, en su época juvenil. Para Hegel se trataba de una soberbia aurora, de una época que todos los seres auténticamente pensantes debían celebrar, una época en la que había reinado una emoción sublime y en la que el entusiasmo espiritual hizo bramar al mundo, como si sólo en ese momento se hubiese alcanzado la auténtica reconciliación del mundo y lo divino.

El nacionalismo estuvo estrechamente ligado al romanticismo y asumió formas distintas en los diversos países europeos donde era posible hablar de arte y literatura románticos. Por ello es necesario, para entender la naturaleza de un fenómeno que fue a la vez tan general y tan determinado, hacerse una idea de la situación política y social de Europa al comienzo del siglo XIX.

La Revolución, las guerras del Imperio, la gloria ascendente de Napoleón primero, y su declive después, fueron los acontecimientos que marcaron el agitado período que va de 1789 a 1815. El Congreso de Viena, al reunir a las principales potencias europeas, trató de poner fin a esta efervescencia.

Bajo el patrocinio de Metternich se creó una especie de "Internacional policial" cuyas "criaturas" tenían como misión introducirse en cualquier organización que pudiera turbar un orden restablecido hacía poco tiempo. Había que reprender y denunciar a los posibles conspiradores con el fin de hacer que triunfase la paz. Una paz tanto más amenazada cuanto los gobiernos, incluso siendo conscientes de no responder en absoluto a las aspiraciones nacionales, más se preocupaban de la integridad de los Estados en la nueva repartición de Europa.

Los países que más contaron con las guerras revolucionarias, como Irlanda y Polonia, fueron decepcionados. La Revolución significaba para ellos una fuerza segura de emancipación. Prusia, por ejemplo, veía en ella un apoyo contra las ambiciones hegemónicas de sus vecinos Austria y Rusia. Por lo que respecta a Irlanda, esperaban sólo la invasión de su país por parte de las tropas francesas, con el fin de mantener su lucha.

El malestar general, vinculado a las condiciones económicas y sociales del momento, provocó las ardientes revoluciones de. 1820 en España y Nápoles, la de 1821 en Grecia y la de 1830 en Francia y Polonia.

Las dos grandes luchas que más sacudieron en este período las conciencias y que se convirtieron en símbolos de independencia y libertad fueron las que llevaron a cabo los irlandeses y sobre todo los griegos. Sin llegar a liberarse de la tutela inglesa, el movimiento de masas organizado por Daniel O'Connel conoció en este momento un período de intensa actividad y fue una prueba de organización que se convertiría enseguida en modelo para muchos países. Pero fue especialmente, la lucha de Grecia por su independencia la que sensibilizó a la joven generación romántica.

Poetas y escritores como Novalis y Schlegel en Alemania, Leopardi en Italia, Mickiewicz en Polonia, se convirtieron en el eco de diversos movimientos nacionales. El nacionalismo se transforma de este modo en un fenómeno internacional.

Cada nación se consideraba a sí misma como la más apta para liberar a las demás. Benedetto Croce escribió muy acertadamente a este respecto:

La misma hegemonía o primado que se reivindicaba para uno u otro pueblo, por Fichte y otros para el pueblo alemán; por Guizot y otros para el francés, por Mazzini y Gioberti para el italiano, y por otros para el polaco, o para los eslavos en general, se teorizaba como el derecho y el deber de ponerse a la cabeza de

todos los pueblos para convertirse en la contraseña de la civilización, del perfeccionamiento humano, de la grandeza espiritual [Croce, 1932, p. 17].

La joven generación alemana había acogido la Revolución francesa con entusiasmo. Sin embargo, debido a la influencia de Burke (como ya hemos visto), de Joseph de Maistre y de Bonald, rápidamente se alejó de ella. Encaminándose hacia una concepción de la nación fundada en conceptos como raza o *Volkgeist* (*espíritu del pueblo*, en el sentido de conjunto de las fuerzas creadoras de un pueblo que se manifiestan en su lengua, en sus cantos populares, en sus leyendas, en sus costumbres y en sus formas jurídicas) algunos de sus representantes desarrollaron un mito de los orígenes que presuponía, como manifestó Hegel, la existencia de un pueblo primitivo que estaría en el origen de todas las ciencias y de todas las artes. Este pueblo era el de los antiguos germánicos que rechazaron valientemente la invasión. La figura de Arminius y la Germania de Tácito eran las fuentes de inspiración literaria.

Se llegó así en algunos casos, como por ejemplo en Novalis, a una especie de misticismo político al que le era totalmente extraña la idea de contrato social o de amistad. Para cimentar la unidad nacional eran suficientes la fe en la pareja real y el amor de sus súbditos. Según Tieck y Wackenroder un estado semejante existió sólo en la Edad Media, período histórico predilecto para los románticos que fascinó también a F. Schlegel y a Novalis.

No es correcto buscar en el romanticismo, como han pretendido hacer algunos, la preconfiguración ideológica del nacionalismo (o del nazismo). Aunque es posible pensar que el nacionalsocialismo pudo encontrar una cierta cohesión histórica en las tendencias más reaccionarias del romanticismo alemán. En un estado fraccionado, a la búsqueda de la propia identidad cultural y de la propia unidad nacional que se resistía a la invasión, conceptos como *Volkgeist* o *Volkstum*, queridos por los románticos, no podían sino encontrar un terreno favorable.

Ciertamente la situación de la Alemania nazi no era la misma que la de la Alemania de la época de la Revolución francesa. Pero la Alemania nacionalsocialista era también una Alemania en crisis económica y social, una Alemania humillada por el tratado de Versalles, que debía pagar las reparaciones de guerra (la Primera Guerra Mundial) a sus propios vecinos y que carecía de salidas externas. De ahí el eco seguro que encontrarían los grandes temas románticos: la idea de que la lengua alemana procedía de una lengua fundamental –*Ursprache*– de la que aún se encuentran los rasgos en la moderna lengua alemana, la tesis del origen inconsciente de la nación que contribuyeron a formar distintos elementos irracionales, la fe en la presunta misión dominadora y civilizadora del pueblo alemán. Pero esto sólo fue una tendencia del romanticismo, unida a una cierta historia de Alemania ante la que hay que estar muy atentos y no generalizar sus efectos.

Sin embargo, no puede dejar de reconocerse que diversas consideraciones del romanticismo (especialmente en Alemania) supusieron tesis reaccionarias y conservadoras (o se utilizaron en dicho sentido) y que algunos protagonistas (en el ámbito del pensamiento político, de la literatura y de las artes) se identificaron con formas políticas de carácter restaurador o contrarrevolucionario, algo que derivó, entre otras cosas –como se ha reconocido en estudios más o menos recientes– de la concepción romántica de la libertad, una concepción que a menudo resulta paradójica. Para los primeros románticos alemanes la libertad política no se agotaba en un complejo de derechos civiles, garantizados por la Constitución. De este modo, para el joven F. Schlegel, que usaría los conceptos de libertad política y libertad civil como sinónimos, la libertad civil era una idea que sólo podía realizarse en un proceso infinito, y la suprema libertad política equivale a la moral, que es absolutamente independiente de cualquier ley coercitiva externa y limitada únicamente por la ley moral. La idea de libertad política adquirió así una relevancia esencialmente moral y su realización se consideró esencialmente un proceso infinito.

El propio Schlegel en los fragmentos del *Athenäum* contrapuso a la unilateralidad y el despotismo de la constitución revolucionaria y a la amenaza que suponía la historia reciente de la revolución francesa, representada por la expansión del republicanismo democrático, la visión de una organización política y de gobierno que debería reunir en sí los rasgos positivos de los más importantes modelos de constitución según la concepción de que la república perfecta debía ser no sólo democrática, sino también aristocrática y monárquica al mismo tiempo.

El concepto de libertad del primer romanticismo no es totalmente absorbido en el proceso de la reflexión infinita y no se diluye, ni mucho menos desaparece totalmente, en el principio dinámico de una especie de revolución permanente. Para los primeros románticos la libertad no se despliega únicamente en el proceso individual y subjetivo pensamiento, sino también en el proceso histórico objetivo, ya que esencia de algo se manifiesta sólo en un proceso temporal. Por ello no fueron sólo los románticos los que encontraron una confirmación sentimiento del carácter móvil y fluido de la vida dirigiendo la atención al “río” de la

historia, sino que también el nuevo sentido histórico encontró en el proceso histórico objetivo contraargumentos que oponer a la revolución y al "despotismo" derivado de ella.

Schlegel declaró que la libertad es inviolable y constituye la esencia fundamental del hombre, una esencia que sería violada y destruida si se viola la libertad. La libertad es algo sagrado, primitivo, originario, divino, algo que corresponde al hombre entero. Algo que debe extenderse por tanto al conjunto de las actividades y de las fuerzas internas y externas del hombre. La esclavitud debe rechazarse como algo totalmente inmoral. Pero el hombre no está separado del mundo; todos los hombres tienen el mismo derecho a la libertad y, en virtud de la igualdad de su naturaleza, aparecen como una totalidad. Para Schlegel, la libertad positiva y la fuerza de actuar sobre el mundo, de formarlo y perfeccionarlo, sólo se le puede atribuir a la humanidad en su conjunto, no al hombre concreto. La libertad es ciertamente la esencia del hombre, su fuerza para relacionarse con el mundo, pero sólo el todo es libre.

En semejante filosofía de la libertad, que partía de la libertad infinita de lo divino al manifestarse en el proceso de la historia, existían muchas formas de libertad que tenían su valor relativo sólo en la totalidad del proceso histórico; pero, tomadas en conjunto, hacían de este proceso la historia de la libertad.

De forma análoga a F. Schlegel, Adam Müller (1808-1809) atribuyó la libertad al todo: allí donde se desea la libertad en sí, como en la Revolución francesa, se entiende con ella el arbitrio. La libertad es para Müller una propiedad que corresponde a los concretos y múltiples miembros del Estado. También para A. Müller la libertad se manifiesta no sólo en el presente actual de la sociedad política, sino, como para E Schlegel, también en un proceso histórico.

Para Müller el deber del Estado es realizar y garantizar la libertad. Pero, si se quiere restablecer la libertad en un mundo poblado de arbitrariedad y de privilegios, no se debe seguir el camino diseñado por la Revolución francesa, donde lo que se desea es la libertad en sí y por lo tanto el arbitrio, sino que la libertad debe restablecerse como tal en sentido universal.

Igual que Müller y F. Schlegel, también J. von Eichendorff (cfr. Krüger, 1968-1969) se enfrentó durante toda su vida a la revolución francesa y al movimiento liberal nacido de ella. También para él la libertad existía sólo en la totalidad del proceso histórico y en la constitución orgánica, que llega a ser tal históricamente. Eichendorff, como Müller, se enfrentó a la idolatría de los conceptos universales y al despotismo de la libertad nacido de la revolución de una forma tan decidida como F. Schlegel.

El anhelo revolucionario de la libertad ha destruido, según Eichendorff, la sociedad y las conexiones de la historia. En el movimiento liberal de su tiempo, veía actuar las mismas fuerzas que habían fundado y desarrollado la revolución. Su fe política estaba dirigida a un Estado corporativo-patriarcal, fundado sobre la lealtad y la moralidad, sobre la armonía y la fidelidad entre el soberano y el pueblo. Mantuvo siempre una actitud crítica y alejada ante el Estado de derecho burgués.

También en Eichendorff, por tanto, se puso de manifiesto el carácter paradójico del anhelo romántico de la libertad, que pretendía frenarla en nombre de la propia libertad. Eichendorff veía en el dominio de una voluntad política concreta, cargada de consecuencias desastrosas, una amenaza para el libre desarrollo de la vida constitucional fundada sobre la historia y la tradición. Su concepto universalista de libertad exigía, por ello, garantías contra los abusos de una ilimitada libertad de prensa. Pero este rechazo de las enérgicas reivindicaciones del primer liberalismo, de la libertad de prensa y de las constituciones escritas, consideradas la expresión de un interés egoísta y dirigido exclusivamente al presente, estaba acompañado, en Eichendorff, por el rechazo del sistema de la restauración. La vida, como regeneración continua, se oponía para él al intento vano de querer fijar cualquier período histórico como norma válida para todos los tiempos.

A todos los románticos les fue común su referencia a la historia, que se reveló como constitutiva de su concepto de libertad, un concepto que rechazaba cualquier pretensión de absolutez de una voluntad política de libertad orientada únicamente al presente como destino de una clase específica de la sociedad. Al enfrentarse al dominio unilateral del liberalismo burgués nacido de la revolución, los románticos (sobre todo en Alemania) contribuyeron a crear las bases de distintas formas de conservadurismo político y unieron en ocasiones su destino a la restauración política. Pero esto lo hicieron no por oportunismo político o por un conocimiento insuficiente de las relaciones políticas, sino a la luz de una concepción normativa de la libertad que la concebía como un principio regulador de la vida que englobaba en sí misma todas las generaciones y no como una afirmación racional arbitraria de intereses particulares o contingentes. A la voluntad de libertad de su tiempo contrapusieron la autoridad de la libertad garantizada por la historia.

BIBLIOGRAFÍA

BLANCHOT, M. (1969): *L'infinito intrattenimento*, ed. it., Torino, 1977. [Ed. esp., *El dialogo inconcluso*, Caracas, 1970.]

BURKE, E. (1790): "Riflessioni sulla sivoluzione francese", en *Scritti politici,* ed. it., Torino, 1963.

CROCE, B. (1932): *Storia d'Europa nel secolo XIX*, Bari.

HAUSER, A. (19530: *Storia sociale dell'arte*, vol. II, ed. it., Torino, 1956. [Ed. esp., *Historia social de la literatura y del arte*, 3 vols., Madrid, 1974.]

LUKÁCS, G. (1911): *L'anima e le forme*, ed. it., Milano, 1963. [Ed. esp., *El alma y las formas*, Barcelona, 1975.]

STABORINSKI, J. (1979): 1789. *I sogni e gli incubi della ragione*, ed. it., Milano, 1965.

STEINER, G. (1961): *Morte della tragedia*, ed. it., Milano, 1972.